

La verdad única y su conocimiento

*El concepto determinante de las Obras completas
de Joseph Ratzinger / Papa Benedicto XVI*

*Karl-Heinz Menke**

El Papa mismo, fallecido el 31 de diciembre de 2022, señaló el centro de su legado teológico. Él ve este centro en las observaciones de su libro sobre Jesús, en la relación orante de Cristo con el *Abba*.¹ Sitúa toda su doctrina de la Trinidad y la Cristología en la relación de Jesús con Dios Padre. Pues, como él mismo explica: “La palabra básica del dogma «Hijo consustancial», en la que puede resumirse todo el testimonio de los antiguos concilios, traduce simplemente el hecho de la oración de Jesús al lenguaje filosófico-teológico, nada más”.² Dicho de otro modo: quien considera la oración de Jesús, reconoce que Cristo es verdadero hombre *en tanto* que es uno con el Padre; que la obediencia a la voluntad de Dios es la mayor liberación concebible del hombre para consigo mismo; que la teonomía no es lo contrario de la autonomía, sino su condición.

La capacidad de verdad del hombre, o: La relación entre fe y razón

A lo largo de su vida, el alumno más importante de Joseph Ratzinger, Hansjürgen Verweyen (1936-2023), reprochó a su maestro no haber aclarado suficientemente la relación entre teonomía y autonomía, fe y razón, teología y filosofía³. Ratzinger —según el núcleo de su crítica— no confía que la razón filosófica pueda convencerse, autónomamente, de la verdad de la revelación histórica culminante en Cristo. Con ello se opone a los intentos representados

* Profesor emérito de Dogmática en la Facultad de Teología Católica de la Universidad de Bonn.

¹ Cf. JR, GS VI/2, 693-718.

² JR, GS VI/2, 707.

³ “¿Cómo puede ser la filosofía la expresión de una razón universalmente válida si —en su 'lo otro y lo propio' frente a la fe— simultáneamente se presenta como 'la necesaria purificación y transformación crítica' por el 'otro' de la fe, que no le es accesible como filosofía?” (Hansjürgen Verweyen, Joseph Ratzinger - Benedicto XVI, el desarrollo de su pensamiento, Darmstadt 2007, 31).

por Anselmo y Descartes de determinar un concepto de sentido último filosófico puramente trascendental, prescindiendo de los presupuestos de fe. En efecto: Ratzinger declara repetidamente que una razón independiente de la creencia en la creación y la encarnación es prisionera de sí misma. No se ve refutado por Kant, sino confirmado. Al fin y al cabo, la razón que Kant describe en sus críticas es incapaz de alcanzar la “verdad en sí misma”. La “razón práctica” de Kant anhela la existencia de Dios, una vida más allá de la muerte y la inmortalidad. Pero, ¿qué son —se pregunta Ratzinger— los postulados de la razón en comparación con la realidad experimentada en la fe en Cristo?

Sin la fe en que el Creador ha dotado a toda la realidad de su Logos y ha orientado al hombre hacia este Logos, no hay —según Ratzinger— verdad alguna. Quien no comparte esta fe, en su opinión, es inevitablemente un nominalista. Insiste una y otra vez en que no existe una tercera alternativa. O bien cada cosa existente tiene un sentido que le ha dado el Creador con total independencia del reconocimiento y comprensión del hombre. O bien es el hombre quien construye sentidos o contextos de sentido a través de sus conceptos (*nomina*). O la verdad es el único sentido dado por el Creador; o hay tantas verdades como juegos de lenguaje y filosofías.

En la teología fundamental de Ratzinger, lo que determina la razonabilidad del acto de fe no es un concepto filosófico trascendental de sentido último. Más bien es al revés: la fe en el Logos creador es, como tal, libera a la razón del creyente en su capacidad de verdad. Si los hechos de la naturaleza y de la historia no significan nada en sí mismos, sino que sólo adquieren sentido a través de las *nomina* del hombre, entonces, concluye Ratzinger, no pueden ser mediadores de lo que la tradición judeo-cristiana llama el acontecimiento de la revelación; entonces la humanidad de Jesús es también sólo un instrumento accidental del Dios trascendente, pero no su propia revelación.

Hansjürgen Verweyen explica la razón como una instancia externa o puesta frente a la fe. Ratzinger, en cambio, explica la fe como luz de la razón y la teonomía como condición de posibilidad de la autonomía. Quien decide no hacer (construir) el logos de todo lo que existe, sino recibirlo, no sustituye —subraya— la razón por la fe, sino que ancla su razón en el origen de sí misma.

Ratzinger responde a la objeción de que con esta postura está mezclando fe y razón, obediencia y libertad, refiriéndose a la mencionada relación de Jesús con su *Abba*. Del mismo modo que Jesús no experimenta su obediencia a la voluntad del Padre como algo ajeno a su propia razón y libertad, lo mismo sucede con la mismidad del individuo creyente. Para Ratzinger, la fe es,

literalmente “un cambio de sujeto. El yo deja de ser un sujeto autónomo, contenido en sí mismo. Es arrancado de sí mismo e insertado en un nuevo sujeto. El yo no perece simplemente en él, sino que debe dejarse caer por completo una vez, para luego recibirse de nuevo (...) en un yo mayor”.⁴

Este “yo mayor” se refiere tanto a Jesucristo como a la Iglesia, instituida por él mediante el bautismo y la Eucaristía. “La idea básica de que la conversión es renunciar a la antigua subjetividad y encontrarse en una nueva unidad de sujeto, en la que se rompen los límites del yo y se hace posible así el contacto con el fundamento de toda realidad [...], incluye una pasividad que Pablo describe acertadamente como muerte, como participación en el acontecimiento de la cruz [...]. El «vivo, pero ya no soy yo» no describe una experiencia mística privada, sino la esencia del bautismo. Es un proceso sacramental, es decir, eclesial. El aspecto pasivo de convertirse en cristiano requiere el aspecto activo de la Iglesia actuante, en la que se representa corporal e históricamente la unidad del sujeto de los creyentes”.⁵

La verdad como relación del Creador con el hombre

La *Introducción al cristianismo* de Ratzinger comienza analizando un proceso de tres pasos, que pretende explicar la ampliamente percibida extemporaneidad o incluso antimodernidad del cristianismo: (a) *ens et verum convertuntur* (Tomás de Aquino); (b) *verum quia factum* (Giambattista Vico); (c) *verum quia faciendum* (Karl Marx). Asumiendo este proceso de tres pasos, el giro antropocéntrico de la era moderna aparece como una progresiva sustitución de la verdad de la creación instituida por el Creador, por las múltiples perspectivas, interpretaciones y construcciones del hombre. O bien —concluye Ratzinger— Dios creó el mundo por amor al hombre; luego la verdad es la relación del Creador con la criatura dotada de conciencia, razón y libertad, mediada por la creación y la historia; luego todas las cosas creadas por la Palabra de Dios son dignas; luego todas las criaturas forman un contexto de sentido. O, *por el contrario*, se sigue la tesis desarrollada en la estela de Ockham y Kant de que la libertad del Creador no está determinada por nada, ni siquiera por su naturaleza (amor perfecto o trinitario). Entonces, literalmente, todo es radicalmente contingente.⁶

⁴ JRGS IX/1, 140.

⁵ JRGS IX/1, 140 s.

⁶ JRGS III/1, 238-251.

Los distintos enfoques del conocimiento y la comprensión humanas son inevitables. Un científico ve la realidad de forma distinta a un historiador, y un técnico de forma distinta a un filósofo. Pero la verdad es, como subraya Ratzinger, algo más que la suma de todas las perspectivas, percepciones individuales y teorías. Es aquello que se revela a sí mismo; es la brújula de todos los esfuerzos de conocimiento y comprensión.⁷ No es casualidad que Ratzinger se haya distanciado del pensamiento trascendental de Karl Rahner en la misma medida en que se ha acercado a la teología de Hans Urs von Balthasar. Decisivo para su admiración por Balthasar fue el volumen titulado “Verdad”, que fue escrito antes que todos los demás volúmenes de la trilogía (Gloria – Teodramática – Teológica). Con él, Balthasar pretende restaurar el puente entre pensamiento y ser, concepto y realidad, que había sido derribado por el nominalismo. Lo que Balthasar llama “ser” no es la mera suma de todo lo que existe y, desde luego, no es el más unívoco de todos los conceptos unívocos. El ser es lo que distingue a todo ser distinguible de cualquier otro ser y al mismo tiempo lo conecta con cualquier otro ser. El ser es el sentido o el pensamiento de toda la realidad por el Creador y, por tanto, la verdad que precede a todo conocimiento y comprensión humanas. Quien intenta comprender esta verdad —el significado de todo lo individual y el contexto de todo lo real— utiliza los conceptos de su lengua. Pero estos conceptos no determinan lo que es verdad. Al contrario, se extienden asintóticamente según la especificación del Creador. Según Balthasar y Ratzinger, el hombre es la criatura receptiva a la verdad del ser o al Logos divino. Acoger lo revelado no es una receptividad pasiva sino, por el contrario, una virtud que cada individuo puede desarrollar o dejar que se atrofie. En la misma medida en que el hombre trasciende las condiciones de su finitud y subjetividad, es *libre de* dependencias y, al mismo tiempo, queda *libre para* vincularse a la verdad del ser. Quien conoce pone su subjetividad enteramente al servicio de la objetividad. Por tanto, la forma más elevada del conocimiento es un acto de “autotrascendencia” y, por tanto, una imagen del amor trinitario del Creador.

No hay libertad sin verdad

Debido a su personalidad, el hombre es la única criatura que puede reconocer la verdad y afirmarla o negarla. Al hacerlo —como explica Ratzinger— debe tenerse en cuenta: la negación de la verdad no es una de las dos formas posibles de realizar la libertad. En ese caso, no sólo hacer el bien, sino también

⁷ Cf. JRGS III/1, 211-222.

hacer el mal sería una realización de la libertad. Pero el hombre sólo es libre en la medida en que se vincula al origen de su persona, al Logos de Dios —en términos cristianos: al amor del Creador Trinitario que apareció en Cristo.⁸ Cualquiera que se niegue a esta auto-vinculación se convierte en no-libre.⁹ La desvinculación declarada por Rousseau como natural, o la ilusión marxista de que la libertad podría establecerse a través de la igualdad forzada, han sido expuestas como errores por la historia.¹⁰ Jesucristo, como subraya repetidamente Ratzinger, fue el ser humano que se vinculó a la voluntad de su Padre divino de un modo insuperable (1 Juan 3,5; Hebreos 4,15), y por esta misma razón realizó el más alto grado de libertad de la criatura.¹¹ Una libertad que se compromete a reconocer la libertad de cualquier otra persona (Kant) y expone sus decisiones al discurso de todos los argumentos relevantes (Habermas) es, como reconoce Ratzinger, cualquier cosa menos no vinculante. Pero ¿por qué —se pregunta— las personas que no creen en el Dios bíblicamente atestiguado deberían atribuirse libertad a sí mismas, y aun así seguir el imperativo categórico de su razón práctica?

¿Y cómo puede ser “incondicional” la dignidad de todo ser humano, incluida la de los no nacidos y los moribundos, si se hace depender de los argumentos que prevalecen fácticamente en la realidad?¹² Todo Estado ideológicamente neutral que menciona a Dios en el preámbulo de su constitución sabe que la dignidad personal del ser humano no se establece mediante definiciones o mayorías democráticas.¹³

Sólo si lo más íntimo del ser humano —lo que suele llamarse “conciencia”— está relacionado con una verdad independiente de él, puede hablarse de una conciencia errónea o de una decisión de conciencia objetivamente equivocada en un caso individual.¹⁴ De lo contrario, toda decisión tomada a conciencia, es decir, sinceramente, resulta correcta. Un filósofo consecuentemente nominalista —como explica Ratzinger— sustituye la palabra “verdad” por la

⁸ Cf. JRGS VIII/1, 443.

⁹ Cf. JRGS VI/2, 732 s.

¹⁰ Cf. JRGS III/1, 508 s.

¹¹ Cf. JRGS VI/2, 712-715.

¹² Cf. JRGS III/1, 518 s.

¹³ Cf. JRGS III/1, 512-515; III/2, 856-860.

¹⁴ Cf. JRGS IV, 698-704.

palabra “sinceridad” y el término “conciencia” por el término “consciente”.¹⁵ Sin embargo, una decisión errónea no se convierte en correcta por la actitud consciente y la sinceridad de la persona que yerra. Porque la conciencia no es el origen de la verdad que reconoce; y no es el origen del bien que sigue. La conciencia no es el fundamento de lo incondicionado, sino que lo incondicionado es el fundamento de la conciencia.¹⁶ Si Dios no existe, explica Ratzinger, no hay nada incondicional en absoluto. La dignidad humana, que está ligada a la mayoría de los mandatos políticos o al consenso alcanzado mediante el discurso, sólo es condicional. Los malos tratos y la tortura, por ejemplo, sólo son incondicionalmente condenables (*intrinsece malum*) a condición de que exista una verdad del ser que juzgue cada interpretación y cada justificación, cada consenso y cada voto.

Al igual que Robert Spaemann, Ratzinger entiende el “derecho natural” no como una suma de contenidos recuperables, sino como una forma de pensar.¹⁷ En sus discursos ante la ONU (18 de abril de 2008), con motivo de su visita de estado a Gran Bretaña (17 de septiembre de 2010) y ante el *Bundestag* alemán (22 de septiembre de 2011), el Papa Benedicto subrayó repetidamente que algo no es ley simplemente porque una mayoría parlamentaria lo haya aprobado. Y si los valores y los sistemas de valores son sólo fenómenos culturalmente condicionados de duración limitada; si no existe algo así como la verdad hacia la que cada persona de cada cultura está siempre ya orientada, entonces los derechos humanos de la Carta de las Naciones Unidas son también sólo algo así como un acuerdo provisional.¹⁸ El derecho natural no sustituye al derecho positivo; al contrario, éste depende de él. Pues sin la positivización del derecho no habría seguridad jurídica. Pero, a la inversa, el derecho positivo también depende del derecho natural, es decir, de algo incondicional que está fuera de su alcance. De lo contrario, puede convertirse en un instrumento de injusticia.

¹⁵ Cf. JRGS IV, 697. Nota del Traductor: El texto alemán establece aquí un juego de palabras: *Wahrheit* - *Wahrhaftigkeit*; *Gewissen* - *Gewissenhaftigkeit*.

¹⁶ Cf. JRGS IV, 709-715.

¹⁷ Cf. JRGS IV, 769-776.

¹⁸ Cf. JRGS III/2, 735-746; 765-777.

Verdad e historia

El Dios bíblicamente atestiguado nunca habla de a su destinatario, el hombre, sin mediación alguna. Pues si Dios hablara sin mediación alguna, suspendería la libertad de la persona a la que se dirige. El Logos de Dios quiere ser escuchado, conocido y reconocido en libertad. Por eso habla mediado por su creación y por la historia. Sin embargo, Ratzinger entiende la inseparabilidad de la verdad de la creación y de la historia de forma diferente a Gotthold Ephraim Lessing,¹⁹ Sören Kierkegaard²⁰ o Rudolf Bultmann.²¹

Lessing explica la historia como un mero catalizador de la verdad, que está ya inscrita desde siempre en la razón de todo ser humano. En su opinión, esto también se aplica sin reservas a la historia de la salvación bíblicamente atestiguada. Pero entonces Jesús no es otra cosa que Moisés o Mahoma; entonces él no es la salvación misma, sino un mero mediador intercambiable. Sören Kierkegaard distingue la verdad vivida existencialmente como verdad real de la verdad inauténtica, puesto que sólo es pensada (socrática). Pero quien quiere ser la verdad se dispensa de la obediencia a la verdad. Como Ratzinger señala con aprobación, Kierkegaard y Bultmann quieren rescatar el significado universal del acontecimiento de Cristo. Pero desde la perspectiva de ambos, el significado universal de Jesucristo no reside en los hechos de la historia de la salvación (Encarnación, Cruz y Resurrección), sino en un evangelio o kerigma independiente de la historia.²² Ratzinger concluye: si la vida, muerte y resurrección de Jesús no son la verdad del Logos, entonces el Salvador sólo fue uno más entre otros maestros de sabiduría o fundadores de religiones; entonces uno puede separar la verdad del Logos divino de sí mismo e interpretarla hasta que confirme las propias verosimilitudes. En este contexto, Ratzinger critica el “cristianismo interpretativo” de quienes no permiten que el Logos de Dios quede especificado por la historia bíblicamente atestiguada, sino que degradan esta historia a catalizador de sus propias interpretaciones. Aquí, comenta, “el método de la interpretación se utiliza para disolver el escándalo del cristianismo y, al hacerlo inobjetable de este modo, la cosa misma se convierte

¹⁹ Cf. JRGS III/1, 466.

²⁰ Cf. JRSS III/1, 77.

²¹ Cf. JRSS III/1, 77-81.

²² Cf. JRGS XI, 211.

también en una frase prescindible, una diversión que no es necesaria”²³ para decir lo que la razón, que se cree autónoma, ya sabe desde siempre.

La separación de la verdad y el error

La unidad de la humanidad, como dice Ratzinger, “tiene un órgano: la conciencia. La audacia de San Pablo (cf. Rm 2,14 s.) fue afirmar la capacidad de escucha de la conciencia de todos los hombres (...). San Pablo no dice Dios tenga como algo bueno que los paganos mantengan su religión. Al contrario, condena la mayoría de las prácticas religiosas de la época. Señala otra fuente: lo que está escrito en el corazón de cada uno, el bien puro del Dios único”.²⁴ Dado el supuesto de que la conciencia de cada persona está orientada a escuchar una única y misma verdad, no todas las interpretaciones de la verdad son igualmente válidas. Ratzinger rechaza la postura contraria de la teología religiosa pluralista (TRP), que declara insalvable la brecha cavada por Kant, entre el pensar y el ser; y que, por tanto, considera que todas las religiones son proyecciones antropogénicas.²⁵

En referencia a Josef Pieper, desarrolla la tesis de que la historia de la tradición humana —constituida por muchos individuos dotados de conciencia, razón y libertad— es capaz de separar las interpretaciones verdaderas de las falsas. Esta tesis “trata de la cuestión de si la razón o lo racional está o no al principio de todas las cosas y en su fundamento. Se trata de la cuestión de si lo real ha surgido por casualidad y (...) por tanto de lo irracional, (...) o si sigue siendo cierto lo que constituye la convicción básica de la fe cristiana y de su filosofía: *In principio erat Verbum* —en el principio de todas las cosas está el poder creador de la razón”.²⁶

Ratzinger habla de una realización progresiva de la verdad en la historia humana.²⁷ En esta historia hay rodeos y desvíos, pero también avances en el conocimiento que son irreversibles —por ejemplo, la superación del politeísmo por el monoteísmo o la sustitución del mito por el logos. Grecia se convirtió en la cuna de una filosofía que identifica todo lo real como expresión del mismo

²³ JRGS IV, 140.

²⁴ JRGS III/1, 476.

²⁵ Cf. JRGS III/1, 400-408.

²⁶ JRGSIII/1, 454.

²⁷ Cf. JRGS III/1 312 s.

Logos y, por tanto, como reconocible. Basándose en esto, Ratzinger supone que el acontecimiento de Cristo esperaba el momento en que la humanidad, con la filosofía griega, hubiera encontrado categorías y conceptos adecuados para comprender la encarnación del Logos divino. El dogma cristiano de la encarnación de Dios —concluye Ratzinger— no puede reconocer a las demás religiones como vías alternativas de salvación, pero sí su potencial para abrir una comprensión cada vez más profunda del acontecimiento de Cristo. En este contexto, señala que la identificación cristiana del Logos divino con Jesucristo excluye toda forma de violencia y coacción. Allí donde el cristianismo real ha difundido su misión por medios distintos al amor no violento del Crucificado, ha convertido la verdad revelada en Cristo en su contrario. Y allí donde el cristianismo no ha concedido a otra comunidad de convicción, la misma libertad que exige para sí mismo, ha traicionado la verdad que hace libre.²⁸

La verdad bíblicamente atestiguada no se resume retrospectivamente en acontecimientos narrados, sino al revés: el acontecimiento determina la interpretación. Sin embargo, la historia de la salvación no es revelación en sí misma y por sí misma, sino en tanto es comprendida. El Revelador necesita destinatarios que lo atestigüen e interpreten correctamente. De ahí la elección de la nación de las doce tribus de Israel, que debe distinguirse de todos los demás pueblos y aprender laboriosamente a separar la verdad del error en nombre de todos los pueblos. Análogamente, la Iglesia fundada sobre el testimonio de Cristo de los doce apóstoles y estructurada apostólicamente incluso después de su muerte.

En sus aportaciones a la teología fundamental, Ratzinger describe el acontecimiento de Cristo como la plenitud de toda revelación, “porque después de Él y más allá de Él no hay nada más que decir”.²⁹ Y también explica que los escritos del Nuevo Testamento dan testimonio completo del acontecimiento de Cristo. Pero lo completo del *testimonio* del Nuevo Testamento es algo distinto de la comprensión completa. La revelación incluye su llegada y su comprensión. Ya en sus estudios sobre Buenaventura,³⁰ Ratzinger subraya que la revelación es un acontecimiento que da origen a la Sagrada Escritura, pero que en modo alguno es idéntico a ella. Pues lo que se denomina Tradición de Israel y de la

²⁸ Cf. JRGS VII/2, 941-951.

²⁹ JRGS VII/2 742 s.

³⁰ Cf. JRGS II, 693-711.

Iglesia no es la mera transmisión de contenidos escritos, sino un proceso a través del cual la revelación llega a la comprensión de sus destinatarios. Los dogmas de la Iglesia no son el resultado de conclusiones teológicas ni mucho menos de votaciones, sino una comprensión cristalizada de la verdad revelada. O en palabras del propio Ratzinger: “No es el consenso el que establece la verdad, sino la verdad la que establece el consenso (...). Cuando surge la unanimidad, muestra la superación de la verdad misma. La unanimidad no es el fundamento de la obligatoriedad, sino el signo de la verdad que se manifiesta, y de ella fluye la obligatoriedad”.³¹

Traducción: P. Alberto Espezel

³¹ JRGS VIII/2, 743.